

EL ESTUDIANTE

Revista de la juventud española



S U M A R I O

Flores de almohadón, Editorial.—*La instrucción pública y la educación soviética*, A. Lunatharsky.—*Soliloquios*, Dionisio la Cruz.—*La Universidad de Oviedo*, Enrique Ruiz de Villa.—*La cruzada de Luis Bello*, Luis de Hoyos Sáinz.—*Enrique Barbusse*, José Carlos Mariategui.—*Anticipaciones*, Nicolás Ramiro Rico.—*Gustavo Combet*, pintor naturalista, Enrique Díez-Canedo.—*Tirano Banderas. Libro séptimo. El fuerte de Santa Mónica*, Don Ramón del Valle-Inclán.—*La deshumanización del arte. Carta al poeta Torres Bodet*, Benjamín Jarnés.—*Maldición a la luna (versos)*, Alejandro Rodríguez Alvarez.—*«Hombre Varado»*, Vicente Sánchez-Ocaña.—*Sobre el próximo Congreso Panamericano Bolivariano*, Editorial.
Dibujos de Garrán.

*

Precio: 30 cts. ~ MADRID ~ 1.º mayo 1926

ÚLTIMA PUBLICACION

DE

D. RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

TABLADO DE
MARIONETAS

===== PARA =====

EDUCACIÓN
DE PRÍNCIPES

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS. PRECIO: 5 PTAS.

EL ESTUDANTE

REVISTA DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

MADRID * NÚMERO 14

Director: Rafael Giménez Siles

1.º MAYO 1926

DIRECCIÓN
Y ADMINIS-
TRACIÓN:
MARQUÉS DE
CUBAS, 8

Este número ha sido
visado por la censura



FLORES DE ALMOHADON

Llorejillas de almohadón. Florecillas de la dulce mansedumbre.

* * *

Decir manso es decir muchas cosas.

Es decir dócil. La docilidad permite a los hombres permanecer en la puerta. Es la gran virtud de los mendigos.

Es decir suave. La suavidad les permite deslizarse. Fina forma de entrar. Es la gran virtud del arrivista.

Es decir melíflua. La miel les permite, como a las píldoras, ser bien digerido. Es la gran virtud del parásito.

Y es decir, bufón. La buronería les permite seguir en la casa. Mientras el amo ría y la servidumbre aplauda.

Decir manso, es decir otras muchas cosas.

* * *

¿Divide y vencerás?

No, no. Disuelve y vencerás.

El pueblo dividido puede tener dos o tres almas. Almas enemigas, que luchando se afirmarán y afirmarán al pueblo.

El pueblo disuelto tiene millones de almas que es no tener ninguna. Almas de azúcar —partículas dóciles—, que al darse dulcísicamente la mano, se destruyen.

En el vaso no queda ya azúcar, queda agua.

Para seguir tragando apaciblemente las píldoras.

* * *

¡Qué bello campo de mansedumbre, un campo de fútbol!

Aplausos al portero. Aplausos al medio centro. Aplausos al extremo derecha. Simulacro de combate en que la bala es un balón.

Bienaventurados los idolatras del fútbol, porque de ellos será el reino de la olímpica paz. Paz en las manos. Paz en el pensamiento.

Juegos Olímpicos es lo mismo que Vavaciones Olímpicas. Un pueblo en perpetuas vacaciones será un pueblo feliz. También será un pueblo analfabeto.

* * *

Florejitas de primavera. Florecitas del padre San Francisco.

Y florecitas de San Antonio. Envidiemos a los tranquilos, a los ociosos peces que acudían a escuchar al dulce Santo, buscador de novios y de otras cosas perdidas.

¡Oh, peces! Vosotros escuchásteis el blando sermón de la mansedumbre, aleteando por el piélago azul, entre las inmaculadas espumas.

¡Oh, pajarillos! Vosotros lo escuchásteis revoloteando sobre la plácida montaña. Os envidiamos. Enseñadnos a gozar de la holganza espiritual. De la paz silenciosa. Paz de hombres disueltos.

Nuestros ingenuos peces os imitan.

Nuestros gorriones os emulan.

Como vosotros, el pueblo alcanzará la felicidad.

Amén.

LA INSTRUCCION PUBLICA Y LA EDUCACION SOVIETICA

Por A. LUNATHARSKY

(Comisario de Instrucción pública de la U. R. S. R.)

El edificio soviético no es sino un avance hacia el comunismo.

En nuestro país dominaba la ignorancia. Tenemos enemigos en todas las fronteras. Así pues, para aproximarnos a nuestro fin, debemos organizar en primer lugar, la defensa militar del país y restablecer la economía nacional, pero previamente hay que elevar el nivel cultural de toda la población.

En el dominio de la instrucción pública distinguimos:

a) *La instrucción general*, que permite al hombre orientarse tanto en el medio social como en la naturaleza.

b) *La instrucción política*, que crea en el hombre la conciencia de clase, y le indica el camino de la acción social;

c) *La instrucción técnica*, que forma trabajadores especializados. La lucha contra la ignorancia, la organización de salas de lectura y bibliotecas en las aldeas, la instrucción política, la propaganda científica y técnica (único medio de acción eficaz sobre los labradores), son los fines esenciales de la sección de instrucción pública del Consistariado del Pueblo de Instrucción Pública (Narkompros).

La educación de las nuevas generaciones en las ciudades y aldeas, la creación de una escuela de trabajo, de una escuela fiel al ideal comunista y que tenga en cuenta las necesidades económicas de nuestro país. He aquí los fines de la *sección de educación social*.

Ayudar a la juventud obrera y campesina, a conquistar las universidades por medio de facultades obreras, subordinar la enseñanza superior a las aspiraciones comunistas, en fin, proporcionar al Estado funcionarios y trabajadores distinguidos. Tales son las funciones de la *sección de instrucción profesional*.

Es evidente, que al mismo tiempo y con igual energía, son necesarias las escuelas primarias, y las universidades, pues sin haber formado los educadores modernos, los profesores de universidades modernas (lo que requiere la acción de instrucciones científicas de mayor valor) jamás podremos organizar la escuela primaria, tal y como la concebimos. Todas las piedras que forman la pirámide de nuestra instrucción pública se sostienen recíprocamente y no solamente la cima del edificio. La Academia de Ciencias, la academia comunista están sostenidas por los pisos inferiores, sino las bases mismas; las escuelas primarias, están en función con los pisos superiores. En cuanto a la instrucción política, no nos limitaremos a la enseñanza pura y simple. Hay que cultivar la ciencia. La ciencia es la bienhechora de la Humanidad. Las conquistas más importantes del hombre son las ciencias sociales, el marxismo, las ciencias exactas, la medicina, la técnica, la matemática, etc. Toda nuestra civilización está basada sobre la ciencia. El comunismo terminará —pero íntegramente y sin falsear la verdad, como ha hecho la ciencia burguesa— la gran obra comenzada en los siglos XIX y XX. Desde este punto de vista, el estado socialista está obligado a proteger a los sabios, a ponerles en las mejores condiciones posibles de trabajo científico, como han hecho entre otros países Inglaterra y América.

Quizá parezca que la sociedad no siente en igual grado aspiraciones artísticas. Pero en realidad el arte es una fuerza creadora que organiza la sensibilidad humana y por consiguiente, la voluntad. Toda sociedad de clases ha querido crear un Arte imponente, que impresionaba a los hombres, un arte que la ayudaba a dominarles. Pero ninguna clase ha seguido caminos tan peligrosos, ni jamás ha sostenido combates tan violentos, que los que ha seguido el proletariado.

Ninguna ideología ha sido jamás tan humana, ni ha emocionado tan profundamente el corazón de todo humilde trabajador. El proletariado es quien más desea ver nacer un Arte capaz de despertar la sensibilidad de las masas adormecidas, de lanzarlas a la acción. No tenemos otro deseo más ardiente que el de crear un arte proletario y comunista.

Pero este arte, no sólo tendrá que ser sincero, sino impecable. Las ideas comunistas jamás impresionaron a las masas, si no estaban revestidas de una forma verdaderamente artística. Y estas formas artísticas fueron creadas por los artistas más geniales, comparables a los sabios de mayor talento. Una gran tradición artística constituye la herencia que el pasado nos ha legado.

Es natural que aquí, y todavía más claramente que en el campo científico, se hagan ostensibles los errores burgueses, los cuales, sin embargo, no disminuyen apenas el valor de las formas estéticas. La burguesía, al crear las obras de arte, tenía que utilizar la fuerza de persuasión más intensa, lo mismo que al construir las máquinas trataba de obtener las mayores ganancias.

Por esta razón, la evolución del Arte de nuestros días seguirá el camino de las hermosas tradiciones del pasado. El Arte ruso ha sido cerado por grupos sociales muy próximos al proletariado. Decimos que el Arte ha sido desfigurado por la burguesía, pero que, a pesar de ello, es preciso que las masas más numerosas aprendan a conocer las más bellas obras de arte. Y las primeras obras de arte creadas por nuestra revolución proletaria merecen la mayor estima, aunque no sean muy perfectas. Los carteles, el cine, las canciones, todo este arte popular podrá ayudar poderosamente a nuestros educadores.

La ciencia es el camino más seguro hacia el comunismo; pero, a la vez, es su fin principal. Una revolución política no tiene ningún valor si no aumenta apenas el bienestar de la humanidad. Pero el bienestar en sí mismo es un absurdo, algo que asemeja mucho al hombre con los animales, si no conduce hacia un florecimiento de la vida intelectual, artística, emocional; si no aumenta la felicidad que la vida proporciona al hombre para dársela a sus semejantes. La conquista más hermosa del comunismo será un renacimiento del arte y de las ciencias —éste es el fin más sublime de la evolución humana—. Marx nos dijo que el único fin de la Humanidad es el florecimiento más amplio de todas las facultades del hombre.

SOLILOQUIOS

La Universidad de Oviedo

Por Dionisio la Cruz

POR ENRIQUE RUIZ DE VILLA

Representante de EL ESTUDIANTE en Oviedo.

LA ATENCIÓN

Dimanan las cosas, floreciendo abundantemente, de un instante fecundo de atención, pues la atención es fértil en creaciones, y recae ampliamente y con virtud germinativa sobre el mundo a sus revelaciones propicio. Todo desaparecería sin la atención, substancia de la vida. Ella extrae el mundo de la nada, ella edifica el ser de las cosas, ella es la máxima afirmación.

LA INTELIGENCIA

La inteligencia es de por sí fría y dura; carece de cordialidad. Posee adustez repelente, la actitud de un inquisidor, un gesto políciaco y hostil. Si los seres sencillos temen la inteligencia es por lo que tiene de diabólica, y el satanismo de la inteligencia es, precisamente, limitación. En el fondo, la inteligencia no comprende nada. Por ejemplo, se podrá *explicar* un dolor; pero si no lo ha sentido, si carece de su *experiencia*, no lo comprenderá. De aquí su actitud acerada y temible. La inteligencia puede ser una vía para abrir cauces nuevos a la sensibilidad; pero, en este punto, deja de ser puramente inteligencia. La inteligencia es obcecada, intolerante, dogmática y pedante: ella lo reduce todo a resolver charadas, y es buena para las cosas mecánicas del mundo, para el mundo cuantitativo. Y aun aquí tiene un límite. Para que la inteligencia se ilumine y salga de sí misma, necesita subir desde la sensibilidad. Y la inteligencia sólo es fértil cuando abre en el hombre canales nuevos a la sensibilidad y logra la divina inmersión en ellos. Y en ambos casos, en que la inteligencia ungida de dignidad extraña, en que fluyen por ella latidos de *sangre visionaria*, la inteligencia ha dejado de ser ella misma para convertirse en *videncia*.

POESÍA Y CIENCIA

Hay más ciencia —no en un verso— sino en una mera imagen poética, más ciencia que en todo un tratado de altos estudios en cien tomos. La poesía es la ciencia intuitiva, el conocimiento vivo y profundo, una iluminación de sabiduría sobrenatural. La ciencia es el deletreo premioso, torpe, imperfecto, *inteligente* de ese raudo sabr, qu reconstruye, en una frase, con universal claridad, lo que el hombre modesto y laborioso va desconchando en minúsculos, inertes e innúmeros pedacitos. El desarticula y despedaza la verdad para enterarse de ella: el poeta conoce su mecanismo y lo pone en marcha. Por esos —como la vida, que es la verdad— complicado y sencillo.

DIONISIO LA CRUZ.

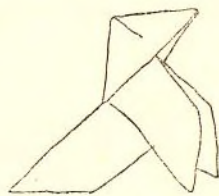
En la Universidad de Oviedo nunca entra el sol. Es un edificio de piedra negruzca, enmohecido por los años, que presenta el aspecto de un convento antiguo. Sus aulas son lóbregas, y en lo alto de ellas se abre una ventana, con rejas de hierro, por donde apenas penetra la luz. Esa tenebrosidad influye considerablemente en la formación del espíritu de los estudiantes. Les obliga a la misantropía y, al cerrarles la claridad y la difusión, limita el horizonte de sus ideas.

Y lo peor del caso es que no se vislumbra el menor remedio para que esto continúe así. Ni existe la más pequeña preocupación por ello. Se discute acaloradamente la construcción de una plaza que dé esplendor a la vista de la Catedral, y, en cambio, a esos mismos padres de familia les tiene sin cuidado que sus hijos consuman su juvenil lozanía en un centro húmedo y obscuro, desprovisto de calefacción alguna.

Es preciso, de toda urgencia, derrumbar el actual caserón y edificar uno nuevo. Para dar a la Universidad carácter de cultura, es necesario desligarla de su apariencia conventual o cuarteltría.

Hay, pues, que solicitar la pronta construcción de otra Universidad. Y el Estado debe atender esta solicitud.

Creemos que no es mucho lo que pedimos. Nos conformamos simplemente con aulas que tengan luz e higiene y algo menos de frío.



Por fin, oh Teófilo, se cumplió el deseo del Gran Amigo de los hombres: "Sed mansos".

La mansedumbre —que es decir la paz silenciosa— reina en el mundo.

Los mansos poseen ya la tierra.

EL ESTUDIANTE espera de cada uno de sus lectores una intensa labor de propaganda, ya que sólo de esta forma podrán contribuir a hacer cada vez más grandes los horizontes de nuestra Revista. A medida que vaya aumentando, con semejante labor de propaganda, el número de sus suscriptores, EL ESTUDIANTE aumentará asimismo en sus medios y conseguirá, al cabo, ser en España el semanario de la conciencia nacional.

LA CRUZADA DE LUIS BELLO

Por LUIS DE HOYOS SÁINZ

Por fin, el Magisterio se ha dado cuenta del valor, para su propia obra, de la campaña de Bello. Este hombre, aquíjotado de estampa y de espíritu, que se lanzó hace medio año a la liberación de la escuela rural, buscando la opinión de todos para obtener la ayuda de muchos en pro del adecentamiento e higienización de la escuela y del mejoramiento del maestro.

Sabe Bello, que es discípulo y propagandista de Costa, que Escuela y Agricultura, nominadas para mayor difusión de sus ideas plásticas y concretas, por Costa, Escuela y Despensa, no son meras labores técnicas, limitadas de horizonte y particularizadas al encomendarse la solución de sus problemas a un grupo de especialistas: que rompiendo ese círculo concreto de lo meramente técnico son problemas complejos y sociales, en cuyo planteamiento, al menos, deben intervenir todos, aunque su solución quede a cargo de los especializados; por eso los maestros son en la empresa el timonel que dirige y ejecuta, pero sólo la acción social de la opinión es el capitán que orienta y manda, puesto que da medios para resolver los problemas.

En este sentido no entendido el Magisterio en todos sus grados, que lo que Bello pedía era una intorsión en sus privativas funciones, sino que buscaba y ofrecía un refuerzo, superior en eficacia a todas las asambleas y reuniones puramente corporativas, porque en ellas apunta, aun sin quererlo sus organizadores, el sindicalismo de clase, que lleva a todos los organismos y aparta de todas las fecundas conjunciones nacionales y sociales.

El Magisterio nacional ha de pensar que las intrusiones que pueden dañarle son las técnicas, las de la enseñanza privada, que inevitablemente tiene que degenerar en industrialismo o en catequesis, confesional o laica, pero a la postre quitando al Magisterio su carácter de sacerdocio; y en un estado sustentador de todos los monopolios docentes y académicos se abre brecha en tan general criterio en el ejercicio de la enseñanza primaria, a título, a veces, de libertad de enseñanza, que puede ser tolerada en los estudios secundarios y aun estimada en los superiores y profesionales; pero no está disculpada en esta preparación y formación, no ya del ciudadano, sino del hombre de una época limitada en tiempo y una nación circunscrita en el espacio; por ello, la función del Magisterio y de la escuela primaria sólo al Estado compete.

Hay que multiplicar y mejorar las escuelas hasta que nadie tenga que buscar fuera de la enseñanza oficial satisfacción a esta necesidad de la cultura general primaria; hasta que se llegue al ideal legalizado en la Ley de Moyano, de que sólo el maestro nacional represente la enseñanza, como el juez a la Justicia o el sacerdote a la Iglesia.

Pero destacado por Bello al término primero el problema de la difusión y la mejora de las escuelas, hay que insistir

en el de la preparación de los maestros. Ciertamente es que el medio escolar incide y actúa, por su acción higiénica y pedagógica, en el cuerpo y el espíritu del niño, y por ello hay que aseñorar la escuela; y situándonos en el período que de 1870 a 1880 se resolvió este problema en Francia, podemos repetir que hay que dar a la escuela aspecto decoroso, para que merezca y alcance por su sola presencia el respeto de las gentes, tanto, al menos, como los otros edificios públicos de la villa o ciudad, alzándose dignamente al lado del palacio del pueblo o de la casa de Dios.

En esto, la cruzada de Bello ha destacado términos de luz y de sombra desde las misérrimas regiones culturales de la meseta y las sierras centrales hasta las regiones en que estos ideales de cultura se sienten y se cumplen. Y si sus viajes continuaran, podría destacar aún, y las cito, no para censura, sino para emulación, la zona de la máxima cultura que de Santander irradia a Poniente hasta Galicia, a Levante hasta Guipúzcoa y tierra adentro hasta Segovia, en que seguramente las escuelas fundadas por sus emigrantes, *indianos, jándalos y madrileños*, han permitido rebajar el analfabetismo al 20 y aun al 15 por 100; y en oposición a esta zona de cultura, hallaría la de pocas escuelas, y éstas, malas, que en el antiguo reino de Granada sostienen la incultura de un 65 a un 60 por 100 de analfabetos, y por ello, sin duda, allí creó don Andrés Manjón las escuelas que pudieran ser el foco de la liberación de sus gentes, porque el buen maestro era hijo de un vallejuelo norteño, en donde la escuela es ideal de todos y no simple donación.

Pero insisto —y sea éste el final de estas notas sueltas— en que hay que crear más intensamente a los maestros, con amplia y profunda cultura general y un valor moral que los permita destacarse como hombres de ejemplo. Hay que prepararlos de modo eficaz para que alcancen un alto espíritu y un dilatado horizonte intelectual, que les permita hermanar los diversos campos del saber, formando una cultura integral que no se polarice y aísle en un particularismo gramatical o pseudopedagógico, estéril o reducido, al menos, de horizontes y difusión.

Hay que exaltar en ellos el último, en el sentido del final y aspiración de todos los valores humanos: el de un criterio moral en la vida, que justifica y purifica toda su actividad. Sin que el Magisterio sea de inferior jerarquía y social, debe tener, como los verdaderos maestros don Francisco Giner y el padre Manjón, el estímulo del sacerdocio profesional, sostenido por el ideal, que representa al más alta función que la sociedad otorga y define: formar hombres.

EL PALACIO DE LA ESTILOGRAFICA
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

ENRIQUE BARBUSSE

El caso de Barbusse es uno de los que mejor nos instruyen sobre el drama de la inteligencia contemporánea. Este drama no puede ser bien comprendido sino por quienes lo han vivido un poco. Es un drama silencioso, sin espectadores y sin concertadores, como casi todos los grandes dramas de la vida. Su argumento, dicho en pocas y pobres palabras, es éste: la Inteligencia, demasiado enferma de ideas negativas, escépticas, disolventes, nihilistas, no puede todavía aceptar la verdad nueva. Barbusse ha sufrido todas sus dudas, todas sus vacilaciones. Pero su inquietud ha conseguido superarlas. En su alma se ha abierto paso una nueva intuición del mundo. Sus ojos, repentinamente iluminados, han visto "un resplandor en el abismo". Hacia él marcha Barbusse por la senda oscura y tempestuosa que a otros aterra.

Los libros de Barbusse marcan las diversas estaciones de la trayectoria de su espíritu. Los primeros libros de Barbusse, *Pleureuses*, versos, y *Les suppliants*, novela, son dos estancias melancólicas de su poesía, son dos datos de su juventud. Su arte madura en *L'enfer* y en *Nous Autres*, libros desolados, pesimistas, acerbos. La poesía barbusiana llega al umbral de estos tiempos procelosos con una pesada carga de tristeza y desencanto. *L'enfer* tiene un amargo acento de desesperanza. Pero el pesimismo de Barbusse no es cruel, no es corrosivo, como, por ejemplo, el de Andreiev. Es un pesimismo piadoso, es un pesimismo fecundo. Barbusse comprueba que la vida es dolorosa y trágica, pero no la maldice. Hay en su poesía, aun en sus más angustiosas pregrinaciones, un amor, una caridad infinitos. Ante la miseria y el dolor humano su gesto está siempre lleno de ternura y piedad para el hombre. El hombre es débil, es pequeño, es miserable, es a veces grotesco. Y precisamente por eso no debe ser befofo, no merece ser desectado.

Esta era la actitud espiritual de Barbusse cuando vino la guerra. Barbusse fué uno de sus actores anónimos, uno de sus soldados ignotos. Escribió con la sangre de la gran tragedia una dolorosa crónica de las trincheras: *El Fuego*. *Le Feu* describe todo el horror, toda la brutalidad, todo el fango de la guerra, de esa guerra que la locura de Marinetti llamaba "la única higiene del mundo". Pero, sobre todo, *El Fuego* es una protesta contra la matanza. La guerra hizo de Barbusse un rebelde. Barbusse sintió el deber de trabajar por el advenimiento de una sociedad nueva. Comprendió la ineptitud y la esterilidad de las actitudes negativas. Fundó entonces el grupo "Claridad", germen de una Internacional del Pensamiento. "Clarté" fué en un principio un hogar intelectual, donde se mezclaban con Enrique Barbusse y Anatole France muchos vagos pacifistas, muchos indefinidos rebeldes. La misma estructura espiritual tenía la Asociación Republicana de ex combatientes, creada también por Barbusse para reunir alrededor del ideal pacifista a todos los soldados, a todos los vencidos de la guerra. Barbusse y "Clarté" siguieron la idea pacifista y revolucionaria hasta sus últimas consecuencias. Se dieron, se entregaron cada vez más a la Revolución.

A este período de la vida de Barbusse pertenecen *La Lueur dans l'Abime* y *Le couteau entre les dents*. *El cuchillo entre los dientes* es un llamamiento a los intelectuales. Barbusse recuerda a los intelectuales el deber revolucionario de la Inteligencia. La función de la Inteligencia es creadora. No debe, por ende, conformarse con la subsistencia de una forma social que su crítica ha atacado y corroido tan enérgicamente. El ejército innumerable de los humildes, de los pobres, de los miserables, se ha puesto resueltamente en marcha hacia la utopía que la Inteligencia, en sus horas generosas, fecundas y videntes, ha concebido. Abandonar a los humildes, a los pobres, en su batalla contra la iniquidad, es una deserción cobarde. El pretexto de

la repugnancia a la política es un pretexto femenino y pueril.

Barbusse no se dirige, naturalmente, a los intelectuales degradados por una larga y mansa servidumbre. No se dirige a los juglares, a los bufones, a los cortesanos del poder y del dinero. No se dirige a la turba inepta y emasculada de los que se contentan, ramplonamente, con su oficio de artesanos de la teligencia, en sus horas generosas, fecundas y videntes, ha con- telectuales y artistas jóvenes. Se dirige a la Inteligencia y al Espíritu.

JOSÉ CARLOS MARIATEGUI.

ANTICIPACIONES

por NICOLÁS RAMIRO RICO

Redactor de EL ESTUDIANTE en Granada.

Hemos de sentir con nuestro espíritu. Desalojemos atavismos, calificación perniciosos, y vayamos adonde nuestra teoría nos impulse. No sentir con conformidad pretérita. Desgarrar la usada y vieja túnica. Su proyección es viciosamente circular. Si otra, en puro defecto —sin limitación de espacio de tiempo— le supla, vaya sin artificio. Y no pensar en otra deformidades. Que son variedad y luz. Y un tanto de color. La curva será parábola, y no simple continuación. Romper el enlace de uno al otro —del XIX al XX—, para que el círculo no se termine. Que un ayer, cercano o lejano, se rompa. El otro presente es imperio de la necesidad.

El último escalón precedente es serio. Se enlaza con una historia teórica, y con mi pensamiento, forjado en laboratorio por el sucesor y continuador del último escalón. Aquéllos, los que en un momento comenzaron el próximo escalón, no han de ultimar los toques decorativos. Esa terminal ficción corresponde a los que seguirán en el futuro. Constrúyase en este presente. Limar lo hecho ya es hoy ineludible. Queda quien cimentó y quien comenzó se espera, y es hora, quien construya. No debe precisar un ideal; sin duda es pretexto para la evolución descarada.

Ante dos sendas, será "humano" preferir la limpia y llana. Que engaña y esconde en su limpieza árida el fácil camino del retroceso y de la vuelta: el círculo. Ante el abstruso se duda, se decide. Hay un coeficiente extremado de sensatez. Y en su negación de la facilidad nos presenta las múltiples posibilidades.

La zanja del camino requiere un tarbajo. No será el del relleno. La fuerza sufriría un desgaste. Este es el que exige la razón. Sería el del salto, agilidad y músculo: el tarbajo, preferible si se ajusta al criterio del "fondo". En donde se halla el fracaso. Medir; la precisión es una norma. Que todo quede construido, no simplemente unido o sujeto. Unidad que un soplo occidental desploma.

Se impone desdeñar cualquier ley que pueda referirse al "máximo o mínimo esfuerzo". Leyes de extensión y contracción del espíritu. Basadas en la teoría del alargamiento infinito. (Un tanto a lo dramático, otro a la lírica, y otro a la novela.) Junto ellas se encuentra la "fuerza de las ideas". La tal fuerza, en su porción de existencia, pertenecería a las palabras. Por eso supone un esfuerzo, el que extrae neologismo. Para aparecer como creador de ideas.

La curva del género (dramática, lírica, novela...) no tiende a la terminación perfecta, engendradora en su perfección del lazo de una sola continuidad y de la monotonía. Se debe doblegar al impulso, aunque nazca una probable deformación. No hay necesidad de un peso de ideas. Cuya gravitación no sería para su período creador. Si para el puro contemplador. Que no haya tesis; suprimase la anécdota y su peso será exiguo, alado. Toda tesis es una amenaza para el puro contemplador. Lo interior y lo exterior nunca armonizarán. Y esa forzada digresión de uno y otro empuja a un término medio, creador de una atrofiación. Suponer la actualidad para el contemplador en dos opuestas directrices, es un problema geométrico que fuera exigen en una solución dualista.

Suprimase "esa realidad"; la anécdota. Y espontáneamente, si no fuera irreflexión, bucearía alguien una posibilidad de agotamiento. Que si fuera realidad era un producto de un sentido de la realidad que tiende a agotarse. Suprimase, y queda la pura construcción en su valor inmarcesible e intrínseco. Aplíquese un nuevo sistema que puede ser decimal —y que alguien ha iniciado ya—. Cualquier ciencia será un nuevo jalón antes que sufrir la tiranía de un pretérito, escalón.

Gustavo Coubert, pintor naturalista

por

Enrique Díez-Canedo

Hay artistas, y no se les ha de vituperar por ello, que consumen toda su actividad vital en la salicitud de una diosa voltaria, toda capricho e inconsistencia, en busca de la popularidad. Todo el que trabaja, sin ocasión de solitario, aspira más o menos a merecer sus favores. Sería, si no, tan fácil esconder la obra hecha... No diré dejarla sin hacer, porque no creo en los artistas sin expresión. Me costa que, en muchas cosas, lo que se pinta o esculpe, compone o escribe, no vale lo que un lienzo o un poco de barro, un papel con pauta o una blanca cuartilla. Pero lo que se deja de pintar o esculpir, lo que en las otras antes no llega a intentar realización, aun vale menos. Es muy fácil decir: ¡lo que haría este hombre si pintara o escribiera! No hay dicho más vano. El arte es, ante todo, impulso hacia fuera. Al buen contemplador, al hombre de juicio, al dilettante perfecto, se le llama artista abusivamente. El artista crea o intenta crear, primero para sí, después para todos. Para sí, aun el más mercantilizando; para todos aun el más desdenoso del aplauso o de la censura.

Decía, pues, que hay artistas afanados de continuo en cortejar la popularidad; y, en compensación, aunque venga a aparecer una misma cosa, exista otros empeñados en conseguir durante toda su vida la impopularidad más completa. De éstos ninguno como Gustavo Courbet.

La historia de la pintura moderna puede escribirse cada día menos sin este nombre. Los cuadros de Courbet afirman, con el paso del tiempo, su solidez inicial. No adquieren lo que desde el principio les faltó, gracia o delicadeza. Pero dan muestras de que su vigor no era vano ejercicio gimnástico, paso de circo, hábilmente combinado para asombrar, sino muestra simple de su natural poderío.

Para llegar a esta consideración tres cuartos de siglo han hecho falta, y aun el rumor de la lucha se percibe cuando se alude a Courbet en ciertas esferas. Viendo yo, hace épocas semanas, en el Louvre los dos grandes lienzos —grandes en todas las expresiones del vocablo— el *Entierro en Oruans* y el *Estudio*, no acertaba a explicarme cómo, al ingresar este último, recientemente, en el lugar donde hoy ocupa puesto de honor, hubo de encontrar tanta resistencia y levantar tan fuerte clamoreo. Es gran pintura. Además es pintura de museo. Mas la lección que daba cuando se pintó y expuso por primera vez en 1855, es de las que se aprenden con trabajo.

Constituye uno de los capítulos fundamentales de la única lección repetida con terquedad por Courbet, y

aprendida al cabo, aunque a costa de la tranquilidad, y aun de la vida del maestro.

La historia de la pintura ofrece pocos ejemplos comparables al de Gustavo Courbet, pocos caracteres tan ostentados. Es hombre de gran cultura, fuera de la necesaria para su oficio. Y esta la limita a la práctica, aprendida con tenacidad maravillosa en las mismas salas del Louvre, donde hoy tanto se puede decir que triunfa como que sigue luchando.

Hombre de práctica, pero no sin teoría. Con dos teorías, si vale la verdad: una suya del todo, la que le nombra introductor del realismo en la pintura moderna; otra ajena y adventicia, una doctrina sociológica del arte por la verdad, contrapuesta a la del arte por el arte que propugnaban los románticos, expuesta, de manera no del todo conforme en definitiva con las ideas del pintar por Phouddhan en persona, que fué su correligionario, su amigo y más de una vez, su modelo.

La teoría ajena, no hay que tomarla demasiado en peso; la propia no llega a formularse con claridad, pero sí a dejarse sentir. Mejor que los escritos de Courbet, alguna anécdota nos dice lo que quiere. "He estudiado ajeno a todo espíritu sistemático el arte de los antiguos y el arte de los modernos. No he querido imitar a los unos ni copiar a los otros. No ha estado en mi pensamiento el llegar a la ociosa meta del arte por el arte. No; he querido, sencillamente, ir sacando del conocimiento entero de la tradición, el sentimiento razonado e independiente de mi propia individualidad. Saber para poder, tal ha sido mi pensamiento. Estar en disposición de traducir las costumbres, las ideas, el aspecto de mi época, según mi apreciación, ser no sólo pintor sino hombre, en una palabra, hacer arte vivo, tal es mi propósito." ¿Se entiende esto bien? Pues aun se entenderá mejor lo que sigue.

A un amigo que le vituperaba la vulgaridad de mis desnudos femeninos, tema que fué de sus predilectos, le contestó un día:

—¿Quieres que pinte diosas? ¿Enseñame una!

Aquí está Courbet, vivo en esta contestación como en su mejor obra. Aquí está su biografía y su estética, ¡El realismo, el naturalismo! La pintura de lo que se ve, pero de lo que se ve con la pura visión material, de lo que entra por los ojos, sin que estos lo arreglen ni el entendimiento lo analice. Este es el realismo de Courbet, que prefiero llamar naturalismo, porque con la palabra realismo no es posible expresar la mera apariencia en que el pintor se para.

Las cosas ¿son como las vemos? No; ni las cosas ni las personas. Si viéramos a Courbet, si le ayéramos ponderar su arrojo, decir "he consuetudado el mundo del arte", dársele sin el menor empacho de genio, como cuando titula un cuadro, es causa de muchas risas "Buenos días, señor Courbet, o la fortuna saludando al genio", porque se retrata en uno de los personajes y retrata en el que gorra en mano se le aproxima al aficionado rico que le ha de comprar todos esos cuadros de que hoy se ufana el museo de Montpellier; si le siguiéramos por entre los grupos de artistas y escucháramos su inagotable charla, sólo interrumpida por un largo sorbo de dorada cerveza, correríamos el riesgo de juzgarle mal. Ese Courbet escandaloso, perseguidor de la impopularidad, rechazado todas las exposiciones no es el verdadero Courbet.

(Continuará.)

TIRANO BANDERAS

LIBRO SÉPTIMO

EL FUERTE DE SANTA MONICA

Novela inédita, por D. RAMÓN DEL VALLE-INCLAN

(Continuación.)

Hilo de la muralla la curva espumosa de las olas balanceaba una ringla de cadáveres.—Vientres inflados, livideces tumefactas.—Algunos prisioneros, con grito de motín, trepaban al baluarte. Las olas mecían los cadáveres ciñéndolos al costado de la muralla. El cielo alto y llameante, cobijaba un astroso vuelo de zopilotes, en la cruel indiferencia de su turquesa. El preso que ponía remiendos en la frazada de su camastro, quebró el hilo, y con la hebra en el bezo murmuró leperón y sarcástico:

—¡Los chingados tiburones ya se aburren de tanta carne revolucionaria, y todavía no se satisface el cabrón Banderas! ¡Putá madre!

El rostro de cordobán, burilado de arrugas, tenía un gesto estoico: La rasura de la barba, crecida y cenicienta, daba a su natural adusto, un cierto aire funerario. Nachito y Marco Aurelio caminaron inciertos, como viajeros extraviados: Nachito, si algún preso cruzaba por su vera, apartábase solícito y abría paso con una sonrisa amistosa. Llegaron al baluarte y se asomaron a mirar el mar alegre de luces mañaneras, nigromántico con la fúnebre ringla balanceándose en las verdosas espumas de la resaca. Entre los presos que coronaban el baluarte, acrecía la zalema de motín con airados gestos y erguir de brazos. Nachito se aleló de espanto:

—¿Son náufragos?

El viejo de la frazada le miró despreciándole:

—Son los compañeros recién ultimados en Foso-Palmitos.

Interrogó el estudiante:

—¿No se les enterraba?

—¡Qué va! Se les tiraba al mar. Pero visto cómo a los tiburones ya les estomaga la carne revolucionaria, tendrán que darnos tierra a los que estamos esperando vez.

Tenía una risa rabiosa y amarga. Nachito cerró los ojos:

—¿Es de muerte su sentencia, mi viejo?

—¿Pues conoce otra penalidad más clemente el Tigre de Zamalpoa? ¡De muerte! ¡Y no me arrugo ni me rajo! ¡Abajo el Tirano!

Los prisioneros encaramados en el baluarte, hundían las miradas en los disipados verdes que formaba la resaca entre los contrafuertes de la muralla. El grupo tenía una frenética palpación, una brama, un clamoreo de denuestos. El Doctor Alfredo Sánchez Ocaña poeta y libelista, famoso tribuno revolucionario, se encrespó con el brazo tendido en arenga, bajo la mirada retinta del centinela que paseaba en la poterna, con el fusil terciado:

—¡Héroes de la libertad! ¡Mártires de la más noble causa! Vuestros nombres escritos con letras de oro, fulgirán en las páginas de nuestra Historia. ¡Hermanos, los que van a morir os rinden un saludo, y os presentan armas!

Se arrancó el jipi con un gran gesto, y todos le imitaron. El centinela amartilló el fusil:

—¡Atrás! No hay orden para demorar en el baluarte.

Le apostrofó el doctor Sánchez Ocaña:

—¡Vil esclavo!

Una barca tripulada por carabineros de mar, arriando vela, maniobraba para recoger los cadáveres. Embarcó siete. Y como los prisioneros en creciente motín no desalojaban el baluarte, salió la guardia y sonaron cornetas.

II

Nachito, tomado de alferecía, se agarraba al brazo del estudiante:

—¡Nos hemos fregado!

El viejo de la manta le miró despacio, el belfo mecido por una risa de cabrío: El azar los reunía bajo la higuera, en un rincón del patio:

—No merita tanto atribulo esta vieja pendeja.

Nachito ahiló la voz en el hipo de un sollozo:

—¡Muy triste morir inocente! ¡Me condenan las apariencias!

Y el viejo, con burlona mueca de escarnio, seguía martillando:

—¿No sos revolucionario? Pues sin merecerlo vas vos a tener el fin de los hombres honrados.

Nachito, relajándose en una congoja, tendía los ojos suplicantes, al preso, que, con el ceño fruncido y la manta tendida sobre las piernas, se había puesto a estudiar la geometría de un remiendo. Nachito intentó congraciarse la voluntad de aquel viejo de cordobán:

—Nunca he sido simpatizante con el ideario de la revolución y lo deploro, comprendo que son ustedes héroes con un puesto en la Historia: Mártires de la idea. ¡Sabe, amigo, que habla muy lindo el Doctor Sánchez Ocaña!

Hízole coro el estudiante, con sombrío apasionamiento:

—En el campo revolucionario militan las mejores cabezas de la República.

Aduló Nachito:

—¡Las mejores!

Y el viejo de la frazada, lentamente, mientras enhebra, desdenoso y arisco comentaba:

—Pues, manifestamente, para enterarse no hay cosa como visitar Santa Mónica. A lo que se colige, el chamaco tampoco es revolucionario.

Declaró Marco Aurelio con firmeza:

—Y me arrepiento de no haberlo sido, y lo seré, si alguna vez me veo fuera de estos muros.

El viejo, anudando la hebra, reía con su risa de cabra:

—De buenos propósitos está empedrado el Infierno.

Marco Aurelio miró al viejo conspirador y juzgó tan cuerdas sus palabras, que no sintió el ultraje: Le sonaban como algo lógico e irremediable en aquella cárcel de reos políticos, orgullosos de morir por su idea. El tumbo del mar que devolvía a la tierra sus héroes, batía la muralla, y el obóe de las olas cantaba el triunfo de la muerte. Los pájaros negros hacían círculos en el remoto azul, y sobre el losado del patio se pintaba la sombra fugitiva del aleteo. Marco Aurelio, sentía la humillación de su vida, arremansada en la falda materna, absurda, inconsistente como las actitudes de esos muñecos olvidados tras de los juegos. Marco Aurelio, sentía como un oprobio su indiferencia política. Aquellos muros, cárcel de exaltados revolucionarios, le atribulaban y acrecían el sentimiento mezquino de su vida, infantilizada entre ternuras familiares y estudios pedantes, con premios en las aulas. Confuso miraba al viejo que entraba y sacaba la aguja de lezna, descuidado del habla que tuvo, atento no más a remendar la frazada. Marco Aurelio, tocándole el hombro musitó con fervor de novicio que profesa:

—Saldré de aquí, y se verá que no miento!

El viejo se sacudió la mano que el estudiante le ponía en el hombro y le miró arisco:

—¿Vos venís a la sombra por incidencia justificada, o por espiar lo que se conversa? Eso, amigo, es bueno ponerlo en claro. Recorra las cuerdas y vea si encuentra algún fiador. ¿No dice que es estudiante? Pues aquí no faltan universitarios. Si quiere tener amigos en esta mazmorra, busque modo de justificarse. Los revolucionarios platónicos merecen poca confianza.

El estudiante había palidecido intensamente. Nachito, con ojos de perro, imploraba clemencia:

—A mí también me tenía horrorizado Tirano Banderas; ¡Muy por demás sanguinario! Pero no era fácil romper la cadena. Yo para volinas no valgo, y a dónde iba que me recibiesen si soy inútil para ganarme los frijoles. El Generalito me daba un hueso que roer y se divertía choteándome. En el fondo parecía apreciarme. Que está mal, que soy un pendejo, que aquello era por demás, que tiene sus fueros la dignidad humana. Corriente. Pero hay que reflexionar lo que es un hombre privado del albedrío por ley de herencia. Mi papá, un alcohólico, mi mamá con desvarío histérico. El Generalito, apesar de sus escarnios, se divertía oyéndome decir jangadas. No me faltaban envidiosos. ¡Y ahora caer de tan alto!

Marco Aurelio y el viejo conspirador, oían callados y por veces se miraban. Concluyó el viejo:

—¡Hay sujetos más ruines que putas!

Se ahogaba Nachito.

—Todo acabó! El último escarnio supera a todos. Nunca llegó a tanto. Divertirse fusilando a un desgraciado huérfano, es propio de Nerón. Marquito, y usted amigo, yo les agradecería que luego luego me ultimasen. Sufro demasiado. ¡Qué me vale vivir una hora, si todo el gusto me lo mata este chingado sobresalto. Conozco mi fin, tuve un aviso de las ánimas.—Porque en este fregado ilusorio andan las Benditas.—Marquito, dame cachete, indúltame de este suplicio nervioso. Hago renuncia de la vida por anticipado. ¡Vos mi viejo, qué hacés, que no me sangrás con esa lezna remendona? Mero mero, pásame las entretelas. ¡Amigos qué dicen? Si temen complicaciones, háganme el servicio de consolarme de alguna manera.

El planto pusilámene y versátil de aquel badulaque, aparejaba un gesto ambiguo de compasión y desdén en la cara funeraria del viejo conspirador y en la insomne palidez del estudiante. La mengua de aquel bufón en desgracia, tenía cierta solemnidad grotesca como los entierros de mojiganga con que fina el antruejo.

III

El calabozo número tres, era una cuadra con altas luces enrejadas, mal oliente de alcohol, sudor y tabaco. Colgaban en calle, a uno y otro lateral, las hamacas de los presos, reos políticos en su mayor cuento, sin que faltasen en aquel rancho el ladrón encanecido, ni el idiota sanguinario, ni el rufo valiente, ni el hipócrita desalmado: Por hacerles a los políticos más atribulada la cárcel, les befaba con estas compañías, el de la pata de palo, coronel Irineo Castañón. La luz polvorienta y alta de las rejas, resbalaba por la cal sucia de los muros, y la expresión macilenta de los encarcelados hallaba una suprema valoración en aquella luz árida y desolada. El Doctor Sánchez Ocaña, declamatorio, verboso, con el puño de la camisa fuera de la manga, el brazo siempre en tribuno arrebatado, engolaba elocuentes apóstrofes contra la tiranía:

—El funesto fénix de la tiranía colonial, renace de sus cenizas aventadas a los cuatro vientos, concitando las sombras y los manes de los augustos libertadores. Augustos, sí, y el ejemplo de sus vidas, debe servirnos de lumínar en estas horas, que acaso son las últimas que nos resta vivir. El mar devuelve a la tierra sus héroes, los voraces monstruos de las azules minas, se muestran más piadosos que el general Santos Banderas... Nuestros ojos...

Se interrumpía. Venía por el corredor la pata de palo. El alcaide cruzó fumando en cachimba, y poco a poco extinguióse el alerta de su paso cojitranco.

IV

Un preso, que leía tendido en su hamaca, sacó a luz, de nuevo, el libro que había ocultado. De la hamaca vecina le interrumpió una sombra pálida, con la cabeza entre bendajes.

—¿Siempre con las Evasiones Célebres?

—Hay que estudiar los clásicos.

—¡Mucho le intriga esa lectura! ¿Sueña usted con evadirse?

—Pues quién sabe.

—Yo le acompañaría, si las fuerzas me lo consintiesen.

Cerró el libro con un suspiro el que leía.

—No hay que pensarlo. Posiblemente a usted y a mí nos fusilan esta tarde.

Denegó flácido el otro:

—A usted, no sé... Pero yo estoy seguro de ver el triunfo de la revolución. Acaso más tarde me cueste la vida. Acaso. Se cumple siempre el destino, mi viejo.

—Indudablemente. ¿Pero usted conoce su destino, hermano?

—Mi fin no está en Santa Mónica. Tengo treinta y nueve años, aun no hice nada, he sido un soñador, y forzosamente debo regenerarme actuando en la vida del pueblo, y moriré después de haberle regenerado.

Hablaba con esa luz fervorosa de los agonizantes, confortados por la fe de una vida futura, cuando reciben la Eucaristía. Su cabeza cruzada de vendajes, erguía sobre la almohada como en una resurrección, y todo el bulto de su figura, exprimíase bajo el sabanil como bajo un sudario. El otro prisionero le miró con amistosa expresión de burla y duda:

—¡Quisiera tener su fe, don Roque! Pero me temo que nos fusilen juntos en Foso-Palmitos.

—Mi destino es otro. Y usted déjese de cavilaciones lúgubres y siga soñando con evadirse.

—Somos muy opuestos. Usted, pasivamente, espera que una fuerza desconocida le abra las rejas. Yo hago planes para fugarme y trabajo en ello sin echar de la imaginación el presentimiento de mi fin próximo. A lo más hondo esta idea me trabaja, y solamente por no capitular, sigo el acecho de una ocasión que no espero.

—El Destino, se vence si para combatirlo sabemos reunir nuestras fuerzas espirituales. En nosotros existen fuerzas latentes, potencialidades que desconocemos. Para el estado de conciencia en que usted se halla, yo le recomendaría otra lectura más espiritual que esas Evasiones Célebres. Voy a prestarle El Sendero Teosófico: Le abrirá horizontes desconocidos.

—Recién le platicaba que somos muy opuestos. Las complejidades de sus autores me dejan frío. Será que no tengo espíritu religioso. Eso debe ser. Para mí todo acaba en Foso-Palmitos.

—Pues reconociéndose tan carente de espíritu religioso, usted será siempre un revolucionario muy mediocre. Hay que considerar la vida como una simiente sagrada que se nos da para que la hagamos fructificar en beneficio de todos los hombres. El revolucionario es un vidente.

—Hasta ahí llevo.

—¿Y de quién recibimos esta vida que tiene un sentido determinado? ¿Quién la sella con esa obligación? ¿Podemos impunemente traicionarla? ¿Concibe usted que no haya una sanción?

—¿Después de la muerte?

—Después de la muerte.

—Esas preguntas, yo me abstengo de resolverlas.

—Acaso porque no se las formula con bastante ahínco.

—Acaso.

—¿Y el enigma, tampoco le anonada?

—Procuro olvidarlo.

—¿Y puede?

—He podido.

—¿Y al presente?

—La cárcel siempre es contagiosa. Y si continúa usted platicándome como lo hace, acabará por hacerme rezar un Credo.

—Si le enoja dejaré el tema.

—Don Roque, sus enseñanzas no pueden serme sino muy gratas. Pero entre flores tan doctas me ha puesto usted un rejón que aun me escuece. ¿Por qué juzga que mi actuación revolucionaria será siempre mediocre? ¿Qué relaciones establece usted entre la conciencia religiosa y los ideales políticos?

—¡Mi viejo, son las mismas cosas!

—¿La misma cosa? Podrá ser. Yo no lo veo.

—Hágase usted más meditativo y comprenderá muchas verdades que sólo así le serán reveladas.

—Cada persona es un mundo, y nosotros dos somos muy diversos. Don Roque, usted vuela muy remontado, y yo camino por los suelos, pero el calificativo que me ha puesto de mediocre revolucionario, es una ofuscación que usted padece. La religión es ajena a nuestras luchas políticas.

—A ninguno de nuestros actos puede ser ajena la intuición de eternidad. Solamente los hombres que alumbran todos sus pasos con esa antorcha, logran el culto de la Historia. La intuición de eternidad trascendida, es la conciencia religiosa: Y en nuestro ideario, la piedra angular, la redención del indio, es un sentimiento fundamental cristiano.

—Libertad, Igualdad, Fraternidad, me parece que fueron los tópicos de la Revolución Francesa. Don Roque, somos muy buenos amigos, pero sin poder entendernos. ¿No predicó el ateísmo la Revolución Francesa? Marat, Danton, Robespierre...

—Espíritus profundamente religiosos, aun cuando lo ignorasen algunas veces.

—Concédame usted esa categoría para sacarme el rejón que me ha puesto.

—No me guarde rencor, se la concedo.

Se dieron la mano, y par a par en las hamacas, quedaron un buen espacio silenciosos. En el fondo de la cuadra, entre un grupo de prisioneros, seguía perorando el Doctor Sánchez Ocaña. El gárrulo fluir de tropos y metáforas, resaltaba su frío amaneramiento en el ambiente pesado de sudor, aguar-diente y tabaco, del calabozo número tres.

(Continuará.)

LOS MEJORES ARTÍCULOS PARA DIBUJO
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

Andando por España A LOS INTELECTUALES DE CHINA

Bagaría en Palencia

por TEÓFILO ORTEGA

Redactor de EL ESTUDIANTE en Palencia

Recordará el lector mi anterior artículo, publicado en estas páginas sobre Palencia. Una sencilla dedicatoria le anticipaba. "A Luis Bagaría", indiqué. En el citado trabajo reflejaba los principales aspectos de la vida cultural palentina. Copiaba una vez más las palabras del Maestro Unamuno: "Palencia la Abierta"...

Hoy el propósito que me trae nuevamente a estas columnas no es otro que expresar cómo esta ciudad, de espíritu hidalgo y tolerante ha escuchado, sentido y elogiado a Luis Bagaría.

Con el director de esta Revista —Rafael Jiménez Siles—; con José Antonio Balbontín, el poeta personalísimo de *Inquietudes*, y en compañía de otros queridos compañeros y amigos, llegó el artista de la noble y fecunda emoción liberal. Y su llegada —desde Valladolid, donde públicamente, a la salida de un café, el público le tributó unánimes y cariñosos testimonios de admiración— no fué silenciosa y oscura, sino que, removiendo ventajosamente su ambiente, produjo fructuoso ruido y benéfica luz. Palencia entera le siguió en las pocas horas que pasó entre nosotros, y por el local donde el Ateneo preparó su conferencia desfilaron cuantos en nuestra ciudad estiman el arte de Bagaría. Como pasaban de quinientas las personas reunidas, calcule el que esto lee cuánto es la admiración que por Bagaría se siente en Palencia.

De su conferencia no es preciso que escribamos nosotros. La publicación de cualquiera de las cuartillas que le sirvieron de orientación y guía puede ser dato más expresivo y exacto. Además, ¿no diremos bastante asegurando que Bagaría, al hablarnos de su arte, interesó vivamente? Con quedar señalado esto, y con añadir que unánimemente fué elogiado, habremos alcanzado lo que ha sido nuestro propósito: comunicar al lector un éxito rotundo de Bagaría.

Esto nos satisface, porque aunque en pequeña parte, el éxito corresponde también a este inquieto y luchador semanario. La generosa y entusiástica ayuda de Luis Bagaría se acompaña con el inteligente esfuerzo y poderosa voluntad de Jiménez Siles, de Balbontín, de cuantos, con exclusión de mi persona, trabajan infatigablemente en EL ESTUDIANTE. De no ser campo impropio del elogio —porque justamente produciría en el lector sospecha—, algunos dedicaría a la juvenil tarea que voluntaria y gustosamente se han impuesto sus fundadores.

Nos acercamos al fin de esta breve y superficial información —aunque nos queda mucho por decir—, y es forzoso deslizar la observación envolvente y condensadora. Demos realización al deber informativo, anunciando que Palencia, por naturaleza ciudad de espíritu despierto, abierto y vigilante, ha recibido a Bagaría y a nuestros admirables y animosos compañeros, con ese gesto cordial y afectuoso que solamente brota de la íntima, serena y sincera afinidad. Una honra para Palencia, y si duda alguna para Bagaría y EL ESTUDIANTE.

Un escritor recibe una carta escrita en idioma que le es ajeno.

—Deben enviarme dinero. Aquí dice mil francos. Es la segunda remesa de unos derechos.

Cuando llegó a leerla otro amigo le enteró:

—Aquí te piden los mil que te han anticipado. Porque no quieren ya publicar tu libro.

Entonces el escritor dice:

—¿Ve usted? Lo mejor es no saber idiomas.

El pueblo feliz dice lo mismo. No es bueno enterarse. Lo mejor es ser analfabeto.

El Socorro Obrero Internacional ha dirigido un mensaje de simpatía al pueblo chino, al que los profesores de la Universidad Nacional de Pekín han repuesto con un llamamiento a los intelectuales del mundo en favor del movimiento de liberación de las masas chinas.

El telegrama que transcribimos ha sido suscrito por un gran número de intelectuales.

MENSAJE A LOS INTELECTUALES DE CHINA

Los escritores, artistas e intelectuales ven con satisfacción las relaciones que se han entablado con ocasión del Socorro Obrero Internacional.

Los estudiantes, profesores e intelectuales de China, que se hallan al lado del pueblo chino luchando por su libertad y su dignidad, pueden tener el íntimo convencimiento de contar con toda nuestra simpatía.

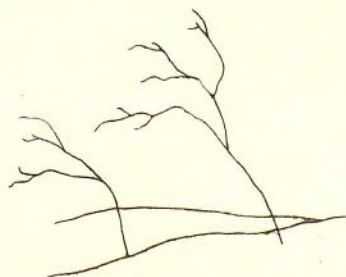
También nos hacemos solidarios del pueblo chino que lucha contra la explotación inhumana, por su emancipación nacional, y nos comprometemos a hacer todo lo necesario para avivar el apoyo material emprendido por el Socorro Obrero Internacional.

A NUESTROS SUSCRIPTORES DE PROVINCIAS

Recordamos a nuestros suscriptores de provincias que no hayan hecho el pago de su suscripción la necesidad de que lo realicen inmediatamente.

Los envíos pueden hacerlos por giro postal a nombre del Administrador de "El Estudiante", Marqués de Cubas, 8. El importe de las suscripciones es: 3.50 ptas. el trimestre (12 números, independiente del tiempo que tardan en publicarse), 7 ptas. el semestre (24 números), y 14 ptas. el año (48 números.)

Esperamos que todos los que estén pendientes de pago cumplirán rápidamente esta indicación.



La deshumanización del arte

Carta al poeta Torres Bodet

Publica usted en el número 202 de la revista "Nosotros" y en el número 9 de "Valoraciones" (marzo), una sugerente glosa acerca del libro *La deshumanización del arte*. Discrepar casi totalmente del contenido de ese artículo, no debe ser obstáculo para saludar su aspiración, como se saluda al leal camarada de un equipo opuesto. No suele ser la serenidad la habitual característica de las escasas polémicas que aquí y ahí se suscitan. Con todo, preferiría que surgiesen a diario, aun con toda su acritud, a no asistir a ninguna. Por hoy nos limitamos a escuchar alguna vez cierto breve y doctoral zumbido, o a sufrir el irritante picotazo del libelista en píldoras. Vivimos en siesta permanente, con todo el molesto cortejo de mosquitos y abejorros.

Permítame recordar las líneas esenciales de éstos que usted llama "apuntes tomados por José Ortega y Gasset, como resultado de las observaciones emprendidas, con rara intención inteligente, a través de los diversos modos y temperaturas que el arte moderno ha instaurado en Europa". (Apuntes que tuvieron la eficacia de hacer vacilar aquí, a no pocos inseguros de su opinión, haciéndoles caer por fin del lado más mullido, del de la amiga realidad, dócil modelo propicio siempre a una copia fiel. Ya un escritor petrificado señalaba como la más nociva cualidad de Ortega, la de *hacer reaccionar* a sus lectores: Es la opinión de los que gustan hacer del arte una taza de la clásica tila. En el sarao de ideas bien relacionadas en sociedad, correctamente vestidas según el maniquí tradicional, se presenta a diario Ortega del brazo de una opinión aventurera. No debe sorprendernos que el coro de señores de un cenudo Ropero, se alborote y pida la expulsión de la descotada y advenediza. Las señoras y los escritores coleccionistas. Divido a mis camaradas en dos clases: coleccionistas y aventureros. Unos acuden siempre al arsenal: su verdad está en el pozo. El aventurero se asoma siempre a la ventana, porque su verdad la trae el viento. Aquéllos utilizan la sogá, éstos, la antena. Pero, al menos, por lo que tenía de halagadora para el artista, debió esta teoría ser poco discutible. Se intentaba eliminarlo de la turba, juntarlo con más dignos compañeros en un decoroso estrado, puesto que la multitud espesa se reía de ellos. Hubo resistencias a tan sugestiva selección. A todas las aristocráticas terrazas, prefirieron muchos la plataforma del tranvía. ¡Arte humano, muy humano! —dijeron—. Arte que arranque lágrimas, como aquella sentimental cebolla de que Heine nos habló. Arte que haga vibrar intensamente los bordones cardíacos... Con todo lo demás del notorio panegírico.

Es buen método el de ensayar la percepción de un ser por sus efectos, y la obra de arte por sus inmediatas resonancias. Pero el choque de las ondas que produjo el arte nuevo, con el aro de muchedumbre, no pudo ser más infortunado. "La masa cocea". Es dura, no se dejó moldear: rechaza la lima y el cincel. Con la impopularidad del arte nuevo surgen, en consecuencia, dos castas antagónicas. Los de piel inatacable y los

de vibrátil epidermis. Los primeros no entienden, los segundos sí. Pero, "si el arte nuevo no es inteligible para todo el mundo —dice Ortega— quiere decirse que sus resortes no son los genéricamente humanos. No es un arte para los hombres en general, sino para una clase muy particular de hombres que podrán no valer más que los otros, pero que evidentemente son distintos". Es decir, que un goce estético que para la mayoría de los hombres "no es una actitud diversa en esencia de la que habitualmente adopta en el resto de su vida, no puede ser sentido ante la nueva obra de arte". Luego será preciso apelar a una fruición estética, incompatible con el hecho de intervenir en un juego sentimental, lejano de esa conmoción, de esa *compasión* que sufre el alma sensible a la tortura de los amantes de Teruel. Luego, el arte será tanto más libre, cuanto más lejos se sitúe "Los grados de alejamiento significan poder de liberación en que objetivamos el suceso real, convirtiéndolo en tema de contemplación". Es pues, una fuga de lo humano. Una evasión de lo real. No una total fuga, no una total evasión: cuando el fugitivo salta la frontera, dea de ser fugitivo, para ser desterrado. Cesa de ser perseguido y se sienta a descansar. Si el arte nuevo estuviese totalmente evadido de lo humano, no sería la suya una actitud dinámica, sino de reposo, y en el arte no vale descansar. En arte, ni hoy ni nunca, *debe llegarse*. No importa el término "ad quem" —dice Ortega—, sino el término "a quo". Se trata —insistimos— de una clara intención de evadirse, de un sincero afán de deshumanizarse. Con el logro, cesaría el afán. Magnífico ejemplo nos prestan las escuelas pictóricas que por haberse *totalmente deshumanizado*, dejarán, lógicamente, de hacer arte, poru hacer geometría. Si el árbol quiere rozar las nubes, bien está. Si lo hace a costa de ir arrancandose las raíces para montarlas en el aire, bien está; pero dejará de ser árbol, para trocarse en deforme pájaro.

Es decir que la obra de arte no ha de ser ese "núcleo humano que las musas peinan y pulimentan". El arte no es "pura cosmética". "La percepción de la realidad vivida y la percepción de la forma artística son en principio incompatibles, por seguir una acomodación diferente a nuestro aparato receptor". Es la diferencia entre ver el fanal y ver sólo el muñeco que está bajo el fanal. Copiemos otras frases: "El arte no puede consistir en el contagio". "El llanto y la risa son estéticamente fraudes". "El poeta empieza donde el hombre acaba". "El poeta aumenta el mundo —*auctor*—, añadiendo a lo real que ya está ahí por sí mismo, un irreal continente". Podríamos transcribir el libro entero. Y, si es difícil hallar conclusiones más diáfanas, también lo es hallar otras tan turbiamente comprendidas. Quiero creer en lecturas precipitadas. Ver la diferencia entre realidad vivida y realidad contemplada, entre realidad humana y realidad artística, es algo de que no puede eximirse ninguna mirada sincera de hoy. Estilizar ¿no fué siempre deformar lo real, desdeñándolo, fijándole nuevos contornos? Estilizar implica deshumanizar. Sólo quien se resigna al estilo común, puede abominar la deshumanización. No le crea a usted en este caso, querido Bodet. Sólo los poco seguros de su vuelo, pueden discutirla. Nada más fácil que no huir. El cobarde no huye, "se queda siempre" —apunte el ingenioso Paul Morand—. "La realidad acecha constantemente al artista para impedir su evasión. ¡Cuánta astucia supone la fuga genial! —dice Ortega—. Ese *triunfo sobre lo humano*, a que

usted alude, no es, pues, un triunfo definitivo, sino un constante vencimiento en la *constante lucha* que usted echa de menos. "No hay victoria sin enemigo, ni hay arte sin materia humana que estilizar" —añade usted—. Exactamente. ¿Quién habla de suprimirla Precisamente —ya se notó—, reconocemos que nos acecha siempre, como el león simbólico, *quaerens quem devoret*, buscando un artista para comérselo, para hacer del pintor, un fotógrafo; del poeta, un cronista. No se trata de suprimir esa lucha, puesto que se fundamenta en ella la calidad substancias del verdadero arte. No sigue el artista las ondulaciones de la realidad, sino que rectifica sus perfiles. Y siempre a fuerza de vigiliias y de ojos limpios y serenos. El arte no es glosa, ni prolongación de la realidad. Puede surgir una densa aventura nada grávida de gérmenes estéticos. La vida más fecunda se limita a ofrecernos, humildemente, un manojo de anécdotas a escoger. Del mismo modo que el diccionario nos abre su gran cofre para que hundamos allí la smanos, a capricho.

"El genio tiene un gran cuidado: ser lo más humano posible"... No recuerdo este pasaje de André Gide, en que usted se apoya, pero releí estos días las bellas páginas que el mismo autor dedicó a Marcel Proust en quien la *humanidad* está deliciosamente escamoteada. Ni creo mucho en la humanidad de los genios. El fruto genial es sobrehumano o infrahumano, según la flecha de la evasión. No es simplemente humano *Don Quijote*, como tampoco lo es *Próspero*. El genio rebasa siempre el nivel de humanidad, cuando no lo olvida totalmente, y se lanza a horadar las altas brumas, como sucede a *Beatriz* (Excesiva evasión, como la del cubismo. A la palabra *geometría* viene aquí a sustituir la de *teología*.) No se pretende el arte nuevo subir a esas zonas, acaso por no surgir el ímpetu genial que rompa el arco ceñido y risueño de su voluntario horizonte. Ceñido, porque una excesiva autocrítica le empuja a no perder de vista su patente limitación. Risueño, porque su actitud es de humorismo, fina forma de velar su cansancio.

Habló usted de "prosélitos", de "discípulos". Me parece que ya sólo interesa agrupar en franca, en sincera camaradería, hombres comprensivos, "de claras ideas" —oímos decir al mismo Ostega—, de firme y serena voluntad de ensanchar sus respectivos horizontes mentales, capaces de contestar a una inquietud con otra, no con una palabra consagrada o un brumoso *magister dixit*, ya inamisible entre nosotros. Suele arrojársenos al paso el gran vocablo: *Clasicismo*, la gran mole: *Cultura*, con dorada mayúscula y prestigioso adjetivo. Para uno y otra, todo nuestro respeto. Y todo nuestro recelo. Porque ¿quién podrá saber todo lo que encierran esas enormes tinajas universales, si, después de tantos años de fervorosa atención, aun no hemos logrado averiguar (*apud D'Ors, passim*) "todo lo que puede caber dentro de un minué".

BENJAMÍN JARNÉS.

EL ESTUDIANTE tiene representantes en muchos centros de enseñanza, y desea tenerlos en todos. Podrán dirigirse, por consiguiente, a nuestra Revista, demandando tal representación aquellas personas que más enlazadas se hallen con el espíritu que anima a EL ESTUDIANTE

Maldición a la luna

POR ALEJANDRO RODRÍGUEZ ALVAREZ.

Luna que alumbras el pecado,
luna que no calientas;
eucaristía de ranas
en las charcas infectas;
moneda inasequible
del hambre callejera;
bandeja petitoria
en las fiestas de estrellas;
presidenta honoraria
de las cachupinadas estéticas.
Luna semivirgen,
infecunda y coqueta;
luz de prestigio, luz robada,
ladrona macilenta.
Narciso en toda fuente;
luna rugosa y tuerta
con alcocarras y figurerías
de comadre alcahueta.
Coima de los imbéciles pierrots
y las soñadoras histéricas.
Porque haces vida de buscona
de noche, en las callejas;
porque alumbras al asesino
y el hierro de las tragedias;
y rondas los cementerios
como los perros y las hienas;
porque prodigas tus caricias
papandujas y enfermas;
porque alumbras los aquelarres
y el aullar de la miseria,
¡Dios te maldiga!

"Hombre varado" (1)

por VICENTE SÁNCHEZ-OCAÑA

ANTE LA EPÍSTOLA

Primero cruzó la iglesia Miguel, un poco pálido, dándole el brazo a la mujer del boticario; después, del brazo de don Tadeo, que iba tan erguido, tan solemne y tan altivo, que ni sentía la tortura de las botas y de la camisa almidonada, pasó Pepita, con los ojos bajos, ruborosa, toda blanca.

En aquel punto empezó la misa y se despeñó del órgano una catarata de poderosos y discordes y extraordinarios clamores. Era la música de aquel aparato un escándalo desusado en el comercio humano, un revoltijo de sonidos tal como jamás se ha producido en la Tierra, ni aun en los Congresos que celebran los chimpancés en las selvas tropicales, ni aun en las salas de tango. Mugía blandamente el órgano el canto llano; pero sobre éste, que era como el fondo de la algarabía, destacábanse, jugaban, chillaban, chocaban y hacían mil graciosas piruetas temas musicales que la liturgia católica nunca, antes de que Emeterio, el "Zurdo", adviniera a la Sacristía de Puentejos, había sabido utilizar. Emeterio, el "Zurdo", remozaba el viejo y grave canto gregoriano incorporándole melodías del tiempo, ligeras y populares —"cosas moviditas", era su frase—, y así su órgano mezclaba a esos acordes profundos, amplios, solemnes, que parecen hechos para acompañar la marcha de barbados y gotosos profetas o de lentos ejércitos cubiertos de hierro, los aires musicales en que palpita el espíritu de nuestra edad: el "¡Adiós, Facundo!", o la "Milonguita", o la "Tobillera".

Puede temerse que si uno de los severos cardenales que cuidan la pureza del Rito hubiera sorprendido el adobo que el "Zurdo" le daba, no lo sufriera; pero sí es muy posible que un miembro de la Curia Romana, aferrado a ideas tradicionales, no creyera oportuno ver ornados los actos del culto con esos delicados arpegios, en los que se expresa el legítimo dolor de una apasionada señora, viendo decaído de salud a su esposo:

"Un día, en sus ojos, la fiebre brillaba
—¡aquellos ojazos que en mi alma clavó!..."

O se hace patente la suicida liberalidad de un amante desesperado:

"¡Mozo!, traiga otra copa,
y sírvale algo al que quiera beber..."

es lo cierto que el párroco de Puentejos, más tolerante que la Congregación de Ritos, dejaba al sacristán ingerir en la liturgia la música que le parecía divertida, convencido de que eso no haría daño al dogma. Y no se lo hacía. Emeterio el "Zurdo" no era un heterodoxo; no era un innovador sin respeto y malintencionado. Su propósito, al tocar durante el *Ofertorio* el "¡Es mi hombre!", no era librar una herética batalla contra Paulo V, sino aderezar amenamente el espectáculo; dar a un acto solemne del culto los atractivos que se merecía. Le parecía a él que el Rito adolecía de pobreza de recursos: hacer lo mismo en una misa de tres pesetas que en una misa de las que pagaban a dos duros doña Ramona y la Generala; cantar lo mismo en el funeral de un jornalero cualquiera que en el funeral de un hacendado, leer la misma epístola a un gañán y a una criada que a don Miguel y a la hija del boticario, eran monstruosidades contra las que su conciencia jerárquica se sublevaba. Por remediarlas, fué por lo que pidió ayuda a las Artes de Profanía. No podía evitar que la Iglesia casara y bautizara lo mismo a los pobres que a los ricos y que los despidiera, cuando se van, con iguales palabras; pero con su voz, con su ademán, con los tronidos de su órgano, trataba de corregir esa igualdad insensata. Cuando Emeterio el "Zurdo" pedía a Dios por un rico, su canto y su frente se levantaban con resolución hacia lo alto y su aire era imperioso.

"No crea —parecía decirle al Sumo Hacedor— que hoy vamos a andarnos con súplicas y lloriqueos, como el otro día, cuando se murió el rentero de don Bienvenido. Hoy se trata de una persona respetable, de don Conrado, el albéitar, que tenía cinco pares de mulas y un molino... ¿Eh? ¿Qué le parece? ¿Se creía Su Ilustrísima (mentalmente siempre

le daba a Dios ese tratamiento) que no había gente de posibles en Puentejos?"

Y, al contemplarse sirviendo de mediador entre el Todo-poderoso y uno de los primeros contribuyentes del pueblo, se llenaba de orgullo y de alegría y le arrancaba al órgano clamores excepcionales, para subrayar el acontecimiento; para atraer la atención del Señor, si por acaso andaba desviada.

Aquel día Emeterio estaba soberbio. Respondía a las preces del celebrante con gorgoritos y calderones, y su órgano era más ruidoso, más proteico que nunca. Y esto no fué todo. Pareciéndole que sus recursos melódicos personales eran impotentes para expresar la gratitud que le debía a don Tadeo por haberle librado de pagar la contribución cuatro años seguidos, había emboscado en el coro a la banda de música, y cuando el sacerdote alzó, sobre los fieles humillados, al Señor, estalló en la iglesia el pasodoble de "Las Corsarias":

"Banderita, tú eres roja;
Banderita, tú eres gualda..."

Miguel estaba lleno de ira y de vergüenza. Se sentía en ridículo desde que se vió embutido en un traje de etiqueta, que nunca había usado, aplastado por una odiosa, infamante chistera, todo él embarazado y rígido, igual que "Botijo" los días de fiesta.

Había sido imposición de doña Ramona que se pusiera aquellos trastos, sin los cuales le parecía indigno que se casara una persona "de cierta clase", un nieto del teniente coronel Albanera, y él había tenido la debilidad de ceder. En el arreglo de la boda había sido preciso que cediera, también, a los deseos de doña Ramona y de la familia de su novia. Se atrevió a decir él que quería casarse sin pompa, sin demasiado ruido.

—Mi hija —declaró solemnemente el boticario— no se puede casar como una cualquiera.

Y la tía, ya abrumada por el dolor de contemplar a un Albanera empeñado en llevar a su prometida al altar con cuello blando y americana, se limitó a decir, sonriendo amargamente:

—¡Si tu bisabuelo levantara la cabeza...!

El consideraba superfluo que su bisabuelo se molestara en resucitar, y, sobre todo, no quería disgustar a su novia; así, que dejó hacer.

Dejó que entre sus tíos y los boticarios organizaran una boda de gran espectáculo, con infinitos curas, con mucha música, con docenas de convidados, y en la que, porque nada faltara, figuraba de testigo el propio diputado, que expresamente había ido desde Madrid; dejó que doña Ramona le decorara como quiso, y hasta dejó que le regaran de pies a cabeza con una apestosa esencia de nardo, que le producía bascas.

Ahora las fantasías musicales de Emeterio, el "Zurdo", le daban un aire grotesco a toda la ceremonia. De pronto, se encontró ridículo y encontró ridícula a su novia, los dos allí arrodillados, vestiditos de nuevo, muy quietecitos, para que no se les cayera el trapo que les habían echado sobre los lomos, y rodeados por una muchedumbre de gentes que, de seguro, les estarían mirando con sorna.

¿Y a la salida? ¿Qué ocurriría a la salida?

Recordó aquellas lamentables cuadrillas nupciales que tantas veces había visto cruzar las calles de Madrid: la novia, campesina de ojos asombrados, muy tiesa, llevando sus galas y sus guirnalda de azahar con ingenua vanidad de salvaje; el novio, coloradote, sonriente, con traje negro y botas nuevas, de color, y detrás una manada de gente medio borracha berreando: "¡Viva la noviaa!" "¡Viva el padrino!"

¿Iban a representar ellos una escena parecida? Esos eran los pensamientos de Miguel, mientras los curas farfullaban sus latines y el órgano desbarataba, cada vez con más audacia.

No sentía, ni por asomo, la emoción que él creía, que él había oído decir que se experimentaba en tales casos. Nada. En tanto que, primero y en latín, San Pablo, y después, en romance, el cura, le hablaban de las obligaciones de su nuevo estado, él pensaba que era un idiota que en aquel instante estaba en una posición grotesca ante todo el pueblo.

No era verdad.

Aquellas sencillas gentes encontraban muy bien todas las cosas: los trajes, la música, la apostura de los contrayentes... todo. La persona más mundana de las que estaban en la iglesia, que era, sin duda, el juez de primera instancia, había declarado, dirigiéndose a doña Juana Dospuertas:

—Parece una boda de la Concepción, ¿verdad?

(1) De la novela próxima a publicarse con ese título.

Y la respetable dama, alzando la voz, para que el diputado, que estaba cerca, la oyera, asintió:

—Sí; parece una boda del Barrio.

El diputado nada dijo, pero aprobó con una sonrisa benévola.

En todo el cortejo nadie criticaba —y era dichosa casualidad— más que Martínez; pero su crítica no era vana murmuración, como la que practicaban habitualmente los demás vecinos del pueblo. El siempre permanecía —lo había aprendido a decir de Vázquez— “en la región serena de las ideas”. Lo que criticaba no era determinadamente la boda de su amigo Albanera con la hija del boticario, sino el matrimonio, la institución social llamada “el matrimonio”.

Había retenido a Suárez en la puerta y mientras se escuchaban allá dentro los berridos del “Zurdo”, él peroraba.

El médico, casi borracho, le oía entornando los ojillos, que parecían estar siempre soñolientos.

—El grupo familiar primitivo, según la teoría del matriarcado, sostenida por... por...

—¿Laplace?

Martínez caviló.

—No; no es ese —dijo al cabo—. Es... es...

Hacía esfuerzos por recordar, y su frente, estrecha, se llenaba de arrugas.

El médico le brindó obsequiosamente otro nombre:

—¿Gonzalo de Berceo?

Volvió a dudar.

—Berceo... Berceo... ¿Era médico?

—No —declaró Suárez—: Perito mercantil.

Lo desechó también.

—No; ese no era. Era... era... era...

Pero Suárez no llegó a conocer el nombre del escondido sociólogo, porque mucho antes de que el librepensador topara con él, salió la boda.

SOBRE EL PRÓXIMO CONGRESO PANAMERICANO BOLIVARIANO

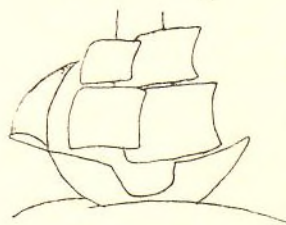
En el número anterior publicamos algunos fragmentos de la carta que el doctor Alfredo L. Palacios dirigió a los organizadores del Congreso Panamericano, que se celebrará en Panamá el próximo mes de junio, y en la cual rechazaba, con un gran gesto de dignidad, la invitación que le fué hecha para asistir a dicho Congreso. A continuación dábamos la que los directivos de las organizaciones estudiantiles de Panamá dirigieron desde la cárcel —“detenidos por la voluntad de un gobierno irresponsable e impopular, a causa de los sucesos del mes de octubre último, y por delitos que todavía —después de cuatro meses— no se nos ha precisado— a Palacios, felicitándole por su noble actitud ante aquella invitación.

A consecuencia de estas inserciones hemos recibido una carta del encargado de negocios de la Legación de Panamá en Madrid, acompañada de un folleto con la contestación que el presidente de la Comisión organizadora del Congreso a que hacemos referencia, envió al doctor Palacios.

Atentos al ruego de la Legación de Panamá, reproducimos a continuación algunos trozos de la carta del señor Méndez Pereira —tampoco nos fué posible publicar íntegramente la del doctor Palacios por falta de espacio—.

“Panamá, 15 de febrero de 1926.—Señor doctor Alfredo L. Palacios, Buenos Aires.—Señor: Ya lo conocía a usted por su acción socialista parlamentaria cuando lo vi más tarde plantear los problemas educativos y sociales en el campo de la ciencia experimental... Desde entonces lo tuve a usted por un hombre de acción, incapaz de subordinar su actividad inteligente a los espejismos y obscuridades del dogma y a las especulaciones abstractas de las doctrinas. Cuando después confirmé este juicio al leer su última obra: *Del dogma a la ciencia experimental*, donde usted arremete contra el verbalismo y las afirmaciones dogmáticas, que sofocan la

individualidad, y contra la cultura sin acción, que deriva fatalmente en bizantinismo, lo consideré, sin vacilar ya más, un apóstol y un guía eficiente de nuestra juventud. La revolución universitaria de que usted fué abanderado en La Plata, sus reivindicaciones de justicia social y, sobre todo, sus ideales de solidaridad ibero-americana, tenían, por otra parte, odas mis simpatías. Y esto explica la invitación que a usted le hice como presidente de la Comisión organizadora del Congreso de Bolívar. Desgraciadamente, doctor Palacios, usted ha rechazado esta invitación... Si usted no hubiera procedido con tanta ligereza como impulsión, se habría dado cuenta, primero, de que a usted no lo invitaba un Gobierno, sino una Junta de hombres de estudio; y segundo, de que se le invitaba precisamente para discutir temas y problemas por los cuales usted se interesa tanto y de cuya solución depende la realización, más o menos lejana, de los ideales que usted preconiza... Los sucesos políticos a que usted alude, que se iniciaron como un movimiento inquilinario de justa reivindicación y que contaron al principio con el apoyo oficial, llegaron a complicarse por la exaltación de unos, por la imprevisión de otros, por la intromisión de elementos comunistas y anarquistas extranjeros, y tal vez también por pasiones políticas ocultas, hasta el grado de poner en peligro nuestra autonomía. Usted ha de saber que los Estados Unidos están obligados por el Tratado del Canal a garantizar y mantener nuestra soberanía e independencia y que, para ello, pueden intervenir en cualquier punto del país con el fin de restablecer la paz pública y el orden constitucional... Y así, lo que usted considera un atentado contra nuestra soberanía, fué un acto de diplomacia y habilidad patriótica, únicos recursos de que pueden a veces echar mano las naciones débiles, en las contingencias internacionales que las rodean... No hay, pues, en el Tratado entre Panamá y los Estados Unidos nada que restrinja nuestra soberanía, ni siquiera en la Zona del Canal, que hemos cedido en arriendo, mediante un contrato de mutuas obligaciones. Puede haber, y hay sin duda, el imperialismo natural, que es la fuerza expansiva de un pueblo poderoso y grande en contacto con uno débil y pequeño; pero contra ese imperialismo que usted condena, nuestra República está luchando heroicamente con sus propios recursos y sus propias fuerzas, porque los pueblos hermanos, que pudieran ser nuestro guía y sostén, nos dejan, lo mismo que los apóstoles, abandonados a nuestra propia suerte y nos condenan sin oírnos... Un pueblo como el de Panamá, que ha pasado por las situaciones más difíciles dando pruebas de cordura, un pueblo que ha sabido sacrificarse altruistamente en *beneficio del mundo* y que en veinte años de existencia corrige sus errores y se redime y enaltece sacando fuerzas de su misma debilidad, tiene derecho a esperar lo que yo creo que encontraremos siempre de los Estados Unidos: aliento, auxilio, justicia y prosperidad... Unámonos todos, doctor Palacios, en una bien entendida campaña de cooperación y acción, sin odios ni superioridades vanidosas, y entonces podremos decir con autotridad nuestra palabra, y entonces podremos emprender sin tropiezos nuestra misión de *intérpretes del espíritu*. Entre tanto, crea que soy con toda consideración y aprecio, su afectísimo amigo y s. s., Octavio Méndez Pereira, presidente de la Comisión organizadora del Congreso de Bolívar.”



Boletín de suscripción,
en la última plana.



EDITORIAL CARO RAGGIO

Mendizábal, 34

:-:

MADRID

ULTIMAS PUBLICACIONES

	Peseta s
Pío Baroja: El gran torbellino del mundo.....	5,00
Azorín: Doña Inés. (Historia de amor).....	5,00
Adolfo Posada: La Sociedad de las Naciones.....	5,00
Antonio Porras: Santa mujer nueva.....	5,00
H. Barbusse: Encadenamientos. (2 volúmenes).....	10,00

BIOL

¿Qué es el BIOL?—Un poderoso tónico fosfatado, de esmerada preparación, que se ofrece al público bajo la forma farmacéutica de granulado.
¿Para qué es?—Para proporcionar a los débiles, a los convalecientes, a los sobrecargados de trabajo intelectual o físico, a los jóvenes en el período de su desarrollo, los elementos reparadores necesarios en forma agradable y en condiciones de perfecta asimilación.

Preparado por el LABORATORIO LAZA, de MÁLAGA

4 Pesetas caja en las principales farmacias de España y

en Madrid: FARMACIA GAYOSO, Arenal, 2.

HIJOS DE QUIRICO LOPEZ

VINOS :-: ANISADOS :-: LICORES

MÁLAGA

Aperitivo tónico, Vino TITAN :-: Anisado, Cazalla KIRIKO
Anís, Ojén JOAQUIN BUENO :-: Moscatel, ROKERO

Condiciones de venta y suscripción para
España y América

Suscripción anual. . . . 14,00 ptas.
» semestral . . . 7,00 »
» trimestral . . . 3,50 »

Número suelto: 30 céntimos

EXTRANJERO:

Número suelto, 50 cént. Un año,
24 pesetas. Un semestre, 12 pesetas

Sr. Administrador de la Revista *EL ESTUDIANTE*
Marqués de Cubas, 8 MADRID

Suscríbame por un a la Revista *EL ESTU-*
DIANTE. Por giro postal envíe a usted la cantidad de
importe de dicha suscripción (1).

En a de de 192
(Firma)

Mi dirección:

(1) No se dará validez a esta hoja de suscripción en tanto no recibamos el importe que en ella se especifique.

IMP. CARO RAGGIO, MENDIZÁBAL, 34, MADRID